SERIE *TIEMPO DE BUSCAR*

SU PASTOR Y USTED



Principios escriturales

SU PASTOR Y USTED

por Richard W. De Haan

Principios escriturales

Ha sido para mí un privilegio maravilloso y muy apreciado servir al Señor durante muchos años como ministro del evangelio. Sin embargo, nunca he sido pastor de una iglesia. Nunca he tenido la bendición de ser el predicador regular de una congregación local. Después de graduarme de la universidad y del seminario, me uní a mi padre para trabajar en la Clase Bíblica Radial. Y desde entonces, la mayor parte de mi vida ha estado involucrada en este trabajo y dedicada al mismo.

Aunque nunca he pastoreado una iglesia, mis años más tiernos, formativos e impresionables los pasé en la casa de un pastor. Soy hijo de pastor y siempre recordaré esos días. ¿Cómo podría olvidar las emocionantes experiencias de mi niñez cuando las ventanas mismas del cielo parecían abrirse y derramar lluvias de bendición tan abundantemente? Parece que fue ayer que, con la cabeza recostada sobre el hombro de mi madre, escuchaba las palabras de mi padre cuando suplicaba a las almas perdidas que huyeran de la ira venidera.

Título del original: *Your Pastor & You*
ISBN: 978-1-58424-056-3
Foto de cubierta: © RBC Ministries, Terry Bidgood
SPANISH
Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.
© 2000,2007 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA
Printed in USA

Sí, siempre atesoraré esos preciosos recuerdos, y aun más ahora que mi padre se ha ido. Hoy está con el Señor a quien amó y sirvió tan fielmente.

No obstante, hay algunas cosas que me gustaría olvidar. Aunque la obra de un pastor puede ser muy satisfactoria y gratificante, también incluye experiencias extremadamente difíciles, desalentadoras y decepcionantes que pueden acabar con la energía de una persona y frustrar los esfuerzos hasta del más dedicado siervo de Dios.

Como buenos soldados de Cristo, estos varones de Dios siguen sin quejarse a pesar de la tentación de abandonarlo todo…

Por ser hijo de pastor conozco los singulares problemas que experimentan los que son llamados por Dios a tan honrado lugar de servicio. Por eso, siempre seré solidario con aquellos fieles pastores que tan noblemente sirven al Señor en su elevado llamamiento.

Como buenos soldados de Cristo, estos varones de Dios siguen sin quejarse a pesar de la tentación de abandonarlo todo y decir: «¿De qué sirve todo esto?» Tienen todo mi respeto. Sé que cuando Jesús venga su recompensa será grande.

No son solamente la obra de predicación, el llamamiento y los deberes administrativos que agotan las energías y la capacidad de aguante de un pastor, sino el cansancio físico y la tensión nerviosa que pueden ser resultados de relaciones tensas entre él y su congregación. Cuando hay malos entendidos y oposición por causa de honestas

diferencias de opinión y fervientes convicciones de parte de miembros respetados, es cuando él más siente la presión de su posición. La incapacidad de agradar precisamente a quienes más ama y la desilusión de que se le opongan aquellos de quienes dependía para encontrar apoyo moral, son cosas que a veces lo llevan a levantar los brazos en señal de desesperación.

Es triste decirlo, pero en muchas iglesias, parece que el pastor no puede hacer nada bien. Por muy sincero que sea o por mucho que se esfuerce, siempre hay algunos que están listos para encontrar fallos y criticar. Alguien lo ha descrito de la siguiente manera:

- Si el pastor es joven, le falta experiencia; si tiene pelo canoso, es demasiado viejo para los jóvenes.
- Si tiene cinco o seis hijos, tiene demasiados; si no tiene ninguno, está dando un mal ejemplo.
- Si predica usando notas, ha empaquetado los sermones y es seco; si sus mensajes son improvisados, no es lo suficientemente profundo.
- Si complace a los pobres de la iglesia, es porque quiere impresionar; si presta atención a los ricos, está tratando de ser un aristócrata.
- Si usa demasiadas ilustraciones, descuida la Biblia; si no incluye historias, no es claro.
- Si condena lo malo, es irritable; si no predica contra el pecado, dicen que es transigente.
- Si predica la verdad, es demasiado ofensivo; si no presenta «todo el consejo de Dios», es un hipócrita.
- Si no complace a todo el mundo, hace daño a la iglesia y debería irse; si hace a todos felices, no tiene convicciones.

- Si maneja un auto viejo, avergüenza a la congregación; si compra uno nuevo, es porque ama las cosas terrenales.
- Si predica todo el tiempo, la congregación se cansa de escuchar a un solo hombre; si invita a otros ministros, es porque evade sus responsabilidades.
- Si recibe un salario alto, es un mercenario; si le pagan poco, dicen que eso prueba que no vale mucho.

Ahora bien, reconozco que esto exagera la situación, pero también hace hincapié en la actitud general que hay en muchas iglesias. No parece que sea muy diferente según el sitio donde vaya o la iglesia a la que asista, siempre hay un grupo o facción que «le tiene inquina» al pastor. Aunque esté haciendo lo mejor que pueda para pastorear la grey fielmente, anhelando las ricas bendiciones de Dios en su ministerio y haciendo un esfuerzo grande para ganar la aprobación de la congregación como grupo, siempre hay alguien que le encuentra faltas, se le opone a sus espaldas, o censura públicamente sus acciones.

Puesto que reconocemos que esas condiciones existen y que dañan la efectividad de la iglesia local, hemos preparado el siguiente estudio sobre el tema, Su pastor y usted. Algunos podrían cuestionar mis motivaciones y comprender mal lo que digo, pero voy a hablar de todas maneras.

UN EJEMPLO

En el evangelio de Juan se dicen tres cosas de Juan el Bautista que se aplican también a todo auténtico siervo de Dios. Y estoy convencido de que si todos los pastores y los miembros de sus congregaciones tuvieran en cuenta estas tres cosas, se evitarían muchas

de las dificultades que tienen nuestras iglesias. El apóstol Juan escribió:

> *Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.* (Juan 1:6-8).

En estos versículos se mencionan tres cosas significativas acerca de Juan el Bautista.

Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan.
—Juan 1:6

Antes que nada se nos dice que «hubo un hombre». Era un ser humano sujeto a las mismas debilidades y limitaciones que las demás personas. Juan no era un ángel; no era ninguna criatura sobrenatural; no era ningún emisario hiperfísico enviado del trono de Dios. Más bien, como lo dice el registro, «hubo un hombre».

Segundo, se nos dice que «hubo un hombre enviado de Dios». Aunque era un hombre con limitaciones humanas, Juan fue distinguido y apartado de los demás porque era un escogido especial. Era un «hombre enviado de Dios».

Y tercero se nos dice que «hubo un hombre enviado de Dios […] para que diese testimonio de la luz». Vino a predicar a Cristo, la Luz del mundo. Esa era la misión de Juan. El versículo 8 dice: «No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz». De este pasaje en Juan 1 aprendemos lo siguiente acerca de Juan el Bautista:

1. Era un hombre.
2. Era un hombre enviado de Dios.
3. Era un hombre enviado de Dios para dar testimonio de la luz.

Esas mismas cosas se pueden decir también de todos los pastores cuyo llamamiento es genuino. Son hombres: tienen ***limitaciones humanas***. Son hombres enviados de Dios: tienen ***autorización divina***. Son hombres enviados de Dios para dar testimonio de la Luz: tienen una ***comisión celestial***. Su obra primordial es presentar al Señor Jesús, la Palabra viva, revelado en la Palabra escrita. Si son fieles a su misión predican a Cristo. Igual que Juan el Bautista, ellos han de «dar testimonio de la Luz».

Y, por cuanto su misión es proclamar el Evangelio de Cristo, debe cooperar con él y orar por él para contribuir a que su ministerio sea lo más efectivo posible.

De manera que tenga en cuenta estas tres cosas acerca de este hombre de Dios cuando piense en su pastor, esto es, si es nacido de nuevo, cree que la Biblia es la Palabra infalible de Dios, da evidencia de ser ordenado por Dios, y está comprometido a un servicio fiel y a una predicación sana de la Palabra.

Recuerde, como hombre tiene fallas y limitaciones. Sin embargo, como hombre que tiene un llamamiento divino, debe tratársele como a un siervo de Dios. Y, por cuanto su misión es proclamar el Evangelio de Cristo, debe cooperar con él y orar por él para contribuir a que su ministerio sea lo más efectivo posible.

Lo que decimos en este librito no se aplica a nadie que predique otro evangelio, rechace la salvación por gracia por medio de la fe solamente, o niegue la deidad de Cristo, Su nacimiento virginal, Su vida

perfecta, Su expiación por el pecado, Su resurrección literal de los muertos y Su Segunda Venida. El que no acepte estas verdades bíblicas nunca podría ser llamado «un hombre enviado de Dios». Cuidado con los líderes ciegos que guían a los ciegos.

Nuestro propósito al proclamar la Palabra de Dios es, igual que el de Juan el Bautista, «dar testimonio de la Luz» y predicar a Cristo, el Salvador de los pecadores, la única esperanza de un mundo perdido y moribundo.

INVITACIÓN

Fue acerca de Jesús que el apóstol Pablo escribió:

> *El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Filipenses 2:6-8).

Y el apóstol Juan lo dijo así:

> *Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros…* (Juan 1:14).

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.

—Juan 1:12

Aunque los verdaderos ministros de Cristo son hombres enviados de Dios, sólo el Señor Jesús era el Dios-hombre: verdadero Dios y verdadero hombre. Usted puede ignorar lo que yo digo y cerrar los oídos a otros predicadores, pero no se atreva a desatender al Hijo de Dios, el Señor Jesucristo.

Él era Dios encarnado, la Palabra hecha carne. Vino a este mundo con el propósito de darse a Sí mismo como sacrificio por nuestros pecados. Él dijo:

Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lucas 19:10).

Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45). Y el apóstol Pablo nos dijo:

Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a Su tiempo murió por los impíos […] Mas Dios muestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Romanos 5:6,8).

Puesto que el Salvador vino y proveyó para nuestra redención por medio de Su muerte en la cruz, la salvación se ofrece como regalo. Se recibe por fe. La Biblia dice: «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23). Y Juan nos dio esta promesa:

Mas a todos los que Le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan 1:12).

Si quiere recibir a Cristo como Salvador, haga esta simple oración de fe ahora mismo:

«Señor Jesús, reconozco mi maldad e incapacidad de salvarme a mí mismo. Creyendo que moriste y derramaste Tu sangre por mis pecados, ahora te recibo como Salvador. Confío sólo en Ti para salvación. Sálvame».

¿Lo hizo? Si lo hizo y lo dijo en serio, dele gracias a Dios por salvar su alma y reclame la promesa de Romanos 10:13 que dice: «Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo».

Ahora bien, si ha aceptado a Cristo como Salvador debe afiliarse a una iglesia que crea y enseñe la Biblia y predique el evangelio. Ser miembro de una iglesia no tiene nada que ver con obtener la salvación, ese es un regalo de Dios. Pero necesita un lugar donde pueda escuchar la predicación de la Palabra de Dios, disfrutar de la comunión con otros creyentes, y encontrar la oportunidad de realizar un servicio cristiano.

LIMITACIONES HUMANAS

Estoy seguro de que todos nosotros hemos escuchado comentarios como estos:

«Nuestro pastor es un hombre muy bueno, PERO…»

«Nuestro ministro es un maestro bíblico excelente, PERO…»

«Nuestro predicador tiene una personalidad maravillosa, PERO…»

Parece que a pesar de sus muchas virtudes encomiables, siempre hay algo que no les gusta de él. «Es un capaz exponente de la Palabra —dicen— pero muy ineficaz como evangelista». «Es un potente predicador, pero como pastor es muy malo». «Trabaja bien con los ancianos —dicen— pero a los jóvenes no parece gustarle». Y así por el estilo.

Sí, en casi todas las iglesias parece haber al menos un grupo que, aunque haga comentarios favorables acerca del pastor, no puede evitar señalar también sus faltas públicamente. Por eso, muchos siervos de Dios libran una batalla difícil y desalentadora. Hacen lo mejor que pueden, pero a causa de la disensión, insatisfacción y oposición de los que están en la iglesia, la obra del Señor sufre. Ahora bien, la razón

de esto, en muchos casos, es una mala comprensión de la naturaleza y la obra del pastor. De manera que mi oración es que Dios use este librito, que hace énfasis especial en el ministro y su gente, para darnos una nueva comprensión de lo que son las relaciones adecuadas entre el pastor y su congregación. Las mismas deben fomentar la armonía y el amor en la iglesia local.

En nuestro estudio sobre el tema «Su pastor y usted» estamos usando tres versículos del Evangelio de Juan como base. Leemos:

> *Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz* (Juan 1:6-8).

JUAN EL BAUTISTA

En estos versículos se mencionan tres cosas acerca de Juan el Bautista.

Primero, era un hombre. Juan no era ningún ángel ni una criatura sobrenatural. Más bien era un ser humano como nosotros. El versículo 6 empieza con las palabras: «Hubo un hombre».

Segundo, era un hombre «enviado de Dios». Se distinguía de las demás personas porque era un siervo especialmente escogido. Era enviado por Dios.

Y tercero, era un hombre enviado de Dios para «dar testimonio de la Luz». Fue enviado para testificar de Cristo, el Mesías prometido, el Salvador de los pecadores.

Recuerde, pues, estas tres verdades acerca de Juan el Bautista:

1. Tenía limitaciones humanas: era un «hombre».
2. Tenía autorización divina: era «enviado de Dios».

3. Tenía una comisión celestial: vino para «dar testimonio de la Luz».

Estas mismas características se hallan en todo pastor enviado por Dios hoy día.

EL HOMBRE DE DIOS

Pensemos, antes que nada, en el hecho de que todos los pastores son hombres. Las mismas limitaciones humanas que restringen y estorban a los demás los estorban a ellos. El evangelista nos dijo en Juan 1:6, refiriéndose a Juan el Bautista, que «hubo un hombre». Y en esa corta frase tenemos una descripción de todos los siervos de Dios. Dios ha dispuesto que los hombres, a pesar de todas sus faltas y defectos, sean los canales a través de los cuales se proclame a los demás la Palabra de Dios.

Yo me maravillo ante la decisión de Dios. No dejo de preguntarme por qué me habrá seleccionado a mí, un vaso titubeante e indigno, para llevar las buenas nuevas del evangelio. Desde el punto de vista puramente humano, mejor hubiera sido que hubiese enviado ángeles a ministrar la Palabra, o que hubiese creado algunos emisarios especiales para proclamar su mensaje. Ellos hubieran podido hacer una obra perfecta y entonces nadie se habría quejado ni criticado. Nadie podría decir: «Está bien, PERO…» Y sin embargo Dios consideró adecuado escoger hombres.

El Señor toma a los mismos que tenían necesidad de un Salvador y los coloca en una posición privilegiada para proclamar el glorioso mensaje de redención a otros. El apóstol Pablo mandó a su joven amigo Timoteo:

> *Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros* (2 Timoteo 2:2).

El hecho de que nuestros pastores sean sólo hombres, con todas las imperfecciones y características de otros seres humanos, debe, ciertamente, ser evidente a todo el mundo. Sin embargo, parecemos olvidar esta verdad muy fácilmente cuando hacemos nuestras exigencias sobre sus vidas y ministerio. Como resultado, muchas personas en nuestras iglesias esperan demasiado y critican continuamente a sus predicadores con comentarios como: «Nuestro pastor es una persona maravillosa, PERO…» «Es un buen predicador, pero no sabe cómo lidiar con la gente». «Nuestro pastor estudia la Palabra profundamente, pero es muy mal administrador».

Una mujer me dijo: «Nuestro pastor es un verdadero varón de Dios. Practica lo que predica. Su vida es irreprochable. Pero parece que uno no se le puede acercar. Ya sabes, es la clase de persona que, bueno, uno no se siente en la libertad de llamarlo por su nombre de pila». Más vale que esta mujer hubiera dicho: «Creo que es un estudiante de la Palabra consagrado y dedicado, un siervo de Dios excelente; pero no me gusta su personalidad».

Se suponía que aquella mujer fuera una buena líder cristiana. Aunque debe haber sabido que no debía hablar así, no reconoció que su pastor, a pesar de su llamamiento divino y maravillosas calificaciones espirituales, era un hombre, un ser humano como todos los demás, y por esa razón no era posible que se conformara al patrón perfecto que ella había cortado para él. Y no era la única. Por eso, cuando un hombre recibe el llamamiento para ser pastor de una iglesia, se espera que tenga calificaciones casi sobrehumanas:

- Debe ser un buen orador;
- Debe estudiar la Biblia profundamente;

- Debe ser un evangelista brioso;
- Debe poseer la sabiduría de Salomón.
- Debe ser un pastor compasivo;
- Debe tener una personalidad agradable y buena apariencia;
- Debe ser un hombre de negocios astuto y un administrador efectivo y eficiente;
- Debe ser creativo y original.

Y la lista se prolonga. ¡Pobre de aquel predicador que no viva a la altura de esos requisitos! De él se dirá: «Oh, presenta buenos argumentos, PERO…»

Hace algún tiempo encontré un artículo titulado: «Calificaciones de un buen pastor», y el mismo subraya aún más las exigencias irracionales que a menudo se les hacen a los siervos de Dios. Dice así: «Un buen pastor debe tener:

- la fuerza de un buey;
- la tenacidad de un buldog;
- la audacia de un león;
- la sabiduría de una lechuza;
- la inocencia de una paloma;
- la diligencia de un castor;
- la mansedumbre de una oveja;
- la versatilidad de un camaleón;
- la visión de un águila;
- el pellejo de un rinoceronte;
- la perspectiva de una jirafa;
- el aguante de un camello;
- el rebote de un canguro;
- el estómago de un caballo;
- la disposición de un ángel;
- la lealtad de un apóstol;
- la fidelidad de un profeta;
- la ternura de un pastor;
- el fervor de un evangelista;
- la devoción de una madre; y todavía no podría complacer a todo el mundo».

Habría aquellos que dicen: «Está bien, PERO…» Recuerde que la Biblia dice: «Hubo un hombre». Y como hombre, no es posible que su

pastor pueda ser experto en todas las cosas, ni tampoco puede hacerlo todo a la perfección. Tendrá sus fallos y defectos sencillamente porque Dios ha considerado adecuado usar a un hombre, y en muchos casos, escoge a los más débiles. El apóstol Pablo declaró:

> *Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia* (1 Corintios 1:26-29).

Así que no espere que su pastor sea perfecto ni sobresaliente en todas las áreas del ministerio. Y trate de no asombrarse cuando descubra que no es una combinación de maestro bíblico excelente, evangelista brioso y eficaz, pastor compasivo, predicador inspirador, administrador capaz, y astuto hombre de negocios todo envuelto en una sola persona. Ni el Señor mismo exige tanto. El apóstol Pablo escribió:

> *Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado* (1 Corintios 9:26,27).

Con todo esto en mente, pues, le exhorto a orar por su pastor en lugar de criticarlo. Sin embargo, si no puede guardarse sus quejas y tiene que conversar con alguien de él, hable con Dios. Y mientras lo hace, ore

por el. Si alguien necesita las oraciones del pueblo de Dios hoy es el hombre que trabaja en el pastorado. No hay muchas otras ocupaciones que puedan ser tan exigentes y al mismo tiempo tan desalentadoras. Y creo que son muy pocas las profesiones que ofrecen tantas oportunidades de fracasar.

... Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en Su presencia.
—1 Corintios 1:27-29.

El pastor no sólo tiene que hacer frente a las tentaciones de su propia naturaleza pecaminosa y del mundo, sino también a la crítica de miembros de la iglesia que no están santificados y al odio de los impíos. Por esto, es un blanco especial de los dardos de fuego de Satanás. De manera que ore por él y anímelo. ¿Cuánto tiempo hace que tomó la mano del pastor y, con un firme apretón, le expresó su gratitud por su ministerio? Se sorprendería, tal vez se conmocionaría, si supiera cuántos pastores pasan semanas, y hasta meses, con muy poco aliento, si acaso. De alguna manera, la gente tiene la impresión de que el predicador no necesita una palabra de aliento como los demás. Pero de la misma forma en que usted agradece una «palmadita en la espalda» por un trabajo bien hecho, así también su pastor da la bienvenida a la expresión de su gratitud y la seguridad de que tiene su apoyo moral, no una

alabanza que infle su ego, sino una palabra de sincera gratitud por su fiel ministerio de la Palabra.

Espero que recuerde la lección que sugieren esas tres palabras de Juan 1:6: «Hubo un hombre».

Dios usa hombres con todos sus defectos y fracasos «para dar testimonio de la luz». Ellos necesitan sus oraciones. Necesitan su aliento. Y necesitan su ayuda. ¿Está recibiendo su pastor ese tipo de apoyo de parte de usted? Si ha nacido de nuevo, está llamado por Dios, y predica fielmente la Palabra, merece su lealtad y cooperación.

Así que piense en estas cosas. Y luego sea lo que debe ser para su pastor.

AUTORIZACIÓN DIVINA

He aquí un par de buenas preguntas para hacer de vez en cuando a los miembros de las iglesias:

> *No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.*
>
> —Juan 1:8.

¿Habría tratado a su pastor de una forma diferente la semana pasada si alguien le hubiera soplado en secreto que él era un «mensajero» enviado especialmente del mismo trono de Dios?

¿Habría criticado a su pastor tan severamente o chismeado acerca de él si hubiera sabido que era escogido y nombrado por el mismo Señor para la obra que está haciendo?

Estoy seguro de que muchos hubieran tenido que admitir que su actitud, acciones y palabras hubieran sido muy diferentes hacia su pastor si les hubieran dicho que Dios los había colocado en Sus iglesias con un propósito definido.

Muchos siervos de Dios son tratados vergonzosamente porque olvidamos que son hombres con debilidades humanas, tal como vimos en el capítulo previo. Son hombres enviados de Dios, esto es, si su llamamiento es genuino.

Juan capítulo 1 sugiere esta verdad:

> *Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz* (Juan 1:6-8).

EL LLAMAMIENTO DE UN PASTOR

Se mencionan tres cosas aquí acerca de Juan el Bautista. Primero, ***era un hombre.*** «Hubo un hombre […] el cual se llamaba Juan» (v. 6). Era una criatura terrenal con limitaciones humanas.

Segundo, ***era enviado de Dios.*** «Hubo un hombre enviado de Dios» (v. 6). Era distinto. Era un hombre, sí, pero tenía una comisión dada por el mismo Dios.

Tercero, ***fue enviado a predicar a Cristo, el ungido Hijo de Dios.*** «Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz» (v. 7).

El propósito de Juan en la vida era testificar del Señor Jesucristo. Y esas mismas tres cosas se pueden decir de todo pastor que haya nacido de nuevo, esté llamado por Dios, crea que la Biblia es la Palabra infalible de Dios, y viva en obediencia a ella. Sí, son hombres, tienen limitaciones humanas. Son hombres enviados de Dios

para llevar testimonio de la Luz. Tienen una comisión celestial.

LA RESPONSABILIDAD DE LA CONGREGACIÓN

En el capítulo 2 hicimos hincapié en el aspecto humano de los que están en el ministerio y enfatizamos que esto debería recordarnos que el pastor necesita aliento, comprensión y oraciones.

El apóstol Pablo, uno de los grandes predicadores que el mundo ha conocido, reconoció sus propias deficiencias. En 1 Corintios 9:27 dijo:

> *Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado.*

Y también declaró en Romanos 7:

> *Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; […] ¡Miserable de mi! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* (vv. 18,24).

Recuerde las palabras: «Hubo un hombre». Puesto que su pastor es un hombre, necesita sus oraciones y aliento. No sólo leemos en Juan 1:6: «Hubo un hombre», sino que el versículo sigue diciendo: «Hubo un hombre enviado de Dios». Y esta verdad, cuando se aplica al pastor, es lo que nos da una perspectiva equilibrada de su persona y obra. Si se lo ve sólo como a un hombre, algunos de seguro razonarían: «Si mi pastor es humano como yo e inclinado a las mismas debilidades y escollos, ¿por qué debo yo escucharlo? Él no es mejor que yo». Pero aunque es verdad que no es más que un hombre, también es cierto que los que tienen un llamamiento genuino son hombres enviados por Dios. Y como tales, merecen su respeto y honor, no

porque sean necesariamente mejores, sino más bien en consideración a su llamamiento celestial.

Esto nos lleva de vuelta, entonces, a nuestras preguntas iniciales: ¿Cómo habría tratado a su pastor la semana pasada si le hubieran dicho que era un mensajero especialmente enviado por Dios? ¿Habría dicho las cosas que dijo de él? ¿Habría criticado sus modales en el púlpito? ¿Habría señalado su deficiente oratoria y errores gramaticales? ¿Le habría hablado con tal falta de consideración? Si los miembros de las iglesias se dieran cuenta de que el pastor, a pesar de sus debilidades, es un hombre «enviado de Dios», estoy seguro de que se eliminarían muchas de las críticas insignificantes que se hacen en las iglesias.

Sin embargo, algunos seguramente contestarán diciendo: «Obviamente usted no comprende. Nuestro pastor no tiene tacto. A veces no se expresa muy bien. Siempre está metiendo la pata. Y algunas de sus peculiaridades son suficientes para volver loco a cualquiera. Usted no conoce a nuestro pastor».

Oh sí, lo conozco. Lo conozco muy bien. ¿Sabe por qué? Porque me conozco a mí mismo y él es como yo: un hombre con debilidades humanas. Pero si es un siervo genuino de Cristo, entonces (como se dijo de Juan el Bautista), es un hombre enviado de Dios, y su puesto oficial exige que lo respeten. No dije que deba venerarlo ni colocarlo en un pedestal clerical. Pero hay que respetarlo a causa de su llamamiento.

En Romanos 10, el apóstol Pablo hizo los siguientes comentarios acerca de aquellos que predican el evangelio:

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no

han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique?¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! (vv. 14,15).

Aunque se debe respetar a los pastores que son hombres verdaderamente enviados de Dios, hay veces, triste es decirlo, cuando sus vidas no son coherentes con las enseñanzas de las Escrituras. Algunos han violado deliberadamente los preceptos de la Palabra de Dios hasta el punto que causan vergüenza pública a la causa de Cristo. Pero incluso si ese es el caso, ningún creyente debe involucrarse nunca en una cruzada personal contra el predicador. Antes bien debe lidiar con el problema discreta y privadamente motivado por el amor y por una preocupación por el ministro y la obra del Señor. Y cualquier cosa que se haga debe cubrirse de oración y ejercerse la mayor precaución, no sea que se tome una medida injusta, innecesaria o cruel contra alguien que no sólo es un hermano en Cristo, sino también un siervo de Dios escogido especialmente.

En 1 Samuel 26 leemos de aquella vez cuando David perdonó la vida al rey Saúl. Este ejemplo nos muestra lo cuidadosos que debemos ser cuando lidiamos con alguien designado por Dios a una posición de confianza y responsabilidad. La narrativa del Antiguo Testamento nos da el marco de referencia. David fue escogido para ser el próximo rey de Israel, pero Saúl todavía seguía en el trono. Motivado por unos celos locos, Saúl persiguió a David continuamente para matarlo. Una noche, David y sus compañeros

llegaron al campamento de Saúl mientras éste dormía profundamente. Era una situación perfecta. David pudo haberse librado de su archienemigo, pero rehusó hacerlo. He aquí el registro de su experiencia:

> *David, pues, y Abisai fueron de noche al ejército; y he aquí que Saúl estaba tendido durmiendo en el campamento, y su lanza clavada en tierra a su cabecera; y Abner y el ejército estaban tendidos alrededor de él. Entonces dijo Abisai a David: Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tu mano; ahora, pues, déjame que le hiera con la lanza, y lo enclavaré en la tierra de un golpe, y no le daré segundo golpe. Y David respondió a Abisai: No le mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente? Dijo además David: Vive Jehová, que si Jehová no lo hiriere, o su día llegue para que muera, o descendiendo en batalla perezca, guárdeme Jehová de extender mi mano contra el ungido de Jehová* (1 Samuel 26:7-11).

Ahora bien, sé que hay una gran diferencia entre un rey de Israel y el pastor de una iglesia. Pero así como David respetaba tanto a Saúl, el ungido de Jehová, nosotros debemos tener cuidado de no extender la mano injustamente contra ningún hombre que sea «enviado de Dios».

Sin embargo, todavía me imagino a alguien diciendo: «Mi pastor no está haciendo su trabajo. La iglesia está sufriendo. Debería irse. ¿Cómo podemos manejar una situación como esa? Yo lo respeto y no querría herirlo por nada». Tal vez le interese leer el siguiente artículo que apareció en el boletín de una iglesia. Se titula «Cómo deshacerse del pastor».

No hace mucho, un bien intencionado grupo de laicos

de una iglesia vecina vino a verme. Querían que les aconsejara sobre la manera adecuada y amable de deshacerse de su pastor. Sin embargo, me temo que no les ayudé mucho. En ese momento yo no había tenido la ocasión de pensar mucho en ello. Pero desde entonces he ponderado muy bien el asunto, y la próxima vez que alguien venga a pedirme consejo sobre cómo deshacerse de un pastor, esto es lo que voy a decir:

1. Mire al pastor directo a los ojos mientras predica y diga «Amén» de vez en cuando, y verá que se muere predicando.
2. Dele una palmadita en la espalda y alábelo por sus buenos argumentos. Probablemente se mate trabajando.
3. Dedique de nuevo su vida a Cristo y pídale al pastor que le dé un trabajo que hacer, preferiblemente algún perdido que usted pueda ganar para Cristo. Tal vez se muera de un infarto.
4. Consiga que la iglesia se una en oración por el pastor. Al poco tiempo será un predicador tan eficaz, que otra iglesia más grande se lo arrebatará de las manos.

Si las congregaciones tan sólo oraran por sus pastores como hombres y los respetaran por ser hombres enviados de Dios, se evitarían muchos problemas. La iglesia tendría una mejor imagen en la comunidad, y los niños tendrían una actitud más favorable hacia la obra del evangelio.

¿Cuántas veces he oído a la gente decir: «No entiendo por qué mis hijos tienen tan poco interés en la iglesia ahora que han crecido. Parece que ya no quieren ir»? ¿Es de extrañar después de toda la crítica que han escuchado? Domingo tras domingo comen «asado de pastor». Critican sus sermones, se ríen de lo

que hace en el púlpito, y ridiculizan su apariencia y vestuario. Y luego se sorprenden cuando sus hijos no muestran ningún respeto por la iglesia ni por el predicador. Si usted tiene niños en la casa, tenga cuidado con la manera como critica al pastor en presencia de ellos. Es su obligación como padres fieles cultivar en las mentes de sus pequeños el respeto a la posición de aquellos hombres enviados de Dios para servir como pastores del rebaño. Así que no lo olvide. Su pastor es un hombre, un hombre enviado de Dios, y un hombre enviado de Dios para dar testimonio de la Luz.

Permítame decirle esto especialmente si usted nunca ha recibido a Jesucristo como Salvador. Siempre que se fije en los hombres se va a decepcionar. Hasta el mejor predicador del mundo, aunque sea enviado de Dios, está sujeto a fallos humanos. Sin embargo, hay Uno que no decepciona. Es el Señor Jesucristo, el Dios-hombre. Sólo Él, de entre todos los hombres, vivió una vida perfecta. Era absolutamente impecable y no necesitaba morir como los demás hombres. No obstante, cargó con nuestra culpa, fue a la cruz, derramó su sangre por nuestros pecados, y fue resucitado de entre los muertos. Y ahora el perdón de pecados y la vida eterna pueden ser suyos si reconoce su culpa y confía en Él para salvación. La Biblia dice:

> *Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación* (Romanos 10:9,10).

COMISIÓN CELESTIAL

Las personas que más trabajan en el mundo son las que se dedican a atender las necesidades básicas y urgentes de la humanidad. Pienso especialmente en los clérigos, y en particular en los pastores de iglesias. Las exigencias que se les hacen, tanto física como emocionalmente, a menudo los llevan al colapso.

Las personas que más trabajan en el mundo son las que se dedican a atender las necesidades básicas y urgentes de la humanidad.

Al continuar nuestro estudio sobre Su pastor y usted, no me preocupa tanto la cantidad de trabajo que tiene el predicador, sino la naturaleza de sus actividades. Por ejemplo, hace algún tiempo leí un artículo en una revista que describía las actividades del pastor de una iglesia durante cierto día, y supuestamente era típico de su calendario habitual. Decía más o menos así:

> Llegando a las 8:00 a.m., tenía la intención de pasar al menos dos horas estudiando para su sermón del domingo, una charla que tenía al mediodía en un club local, y cinco mensajes de radio que debía preparar para la semana siguiente. Su secretaria le recordó que el boletín de la iglesia debía ir a la imprenta al mediodía y todavía tenía que escribir un artículo para el mismo. También tenía que hacer tres llamadas telefónicas, una de ellas al presidente del comité de finanzas de la iglesia.

Después de terminar con esas cosas, sólo le quedaban treinta minutos para preparar sus mensajes radiales, ya que a las 10:00 en punto debía reunirse con el comité de la Asociación Ministerial. Pero cuando comenzó a estudiar recibió la noticia de que había muerto la madre de la presidenta de una de las sociedades de damas de la iglesia y lo necesitaban de inmediato para consolar a la familia. Eso, por supuesto, hizo que no pudiera asistir a la reunión con la Asociación Ministerial; pero pudo asistir al almuerzo de las 12:30 que tenía con otro grupo. Después de eso dirigió la palabra a un grupo de estudio. A las 2:00 p.m. tenía que oficiar una boda. A las 3:00 p.m. empezó a hacer sus visitas regulares en los hospitales de la ciudad y terminó justo a tiempo para ir a la cena de los caballeros de la iglesia, donde oró por los alimentos. La cena duró hasta las 7:30 p.m., permitiéndole al pastor salir con el tiempo justo para asistir a la reunión de un comité. Habiendo hecho eso, su día de servicio finalmente acabó y llegó a su casa como a las 9:30 esa noche.

Ese fue el relato de un pastor de la vida real de cómo pasó un día completo. ¿Cumplió con su obligación como pastor de su iglesia? ¿Esa es la manera como Dios quiere que ocupe su día? Cuando un hombre asume un pastorado, ¿se justifica que pase la mayor parte de su tiempo en reuniones administrativas, de juntas directivas, de comités, de planificación de presupuesto, almuerzos, cenas y banquetes?

Las respuestas a estas preguntas se sugieren en la misma porción de las Escrituras que usamos como base en los capítulos anteriores:

Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por

testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz (Juan 1:6-8).

TRES CARACTERÍSTICAS

En estos versículos se mencionan tres características acerca de Juan el Bautista.

Primero, ***era un hombre.*** Juan no era ningún ángel, era un hombre con limitaciones humanas.

Segundo, era un hombre ***enviado de Dios.*** Aunque estaba sujeto a las debilidades de la carne, no obstante era un hombre enviado de Dios. Vino con autorización divina.

Tercero, era un hombre enviado de Dios ***para dar testimonio de la Luz.*** Su única ocupación era proclamar a Cristo. El versículo 8 repite este énfasis sobre su trabajo. El apóstol Juan escribió: «No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz».

Sí, Juan el Bautista era un hombre: tenía ***limitaciones humanas.*** Era enviado de Dios: tenía ***autorización divina.*** Fue enviado por Dios para dar testimonio de la Luz: tenía una ***comisión celestial.*** Debía predicar a Cristo.

Así como el trabajo de Juan el Bautista era dar testimonio de la Luz, así hoy la obra de aquellos que son enviados de Dios es presentar a Cristo.

Estas tres cosas también son ciertas en todos los ministros genuinos del evangelio hoy día. Como hombres, están sujetos a debilidades y fallos humanos y por tanto, necesitan

nuestras oraciones. Como hombres enviados de Dios, merecen nuestro respeto y deben ser estimados a causa de su asignación divina. Igual que Juan, su llamamiento es dar testimonio de la Luz. Y esto contesta nuestras preguntas sobre las actividades del pastor.

Así como el trabajo de Juan el Bautista era dar testimonio de la Luz, así hoy la obra de aquellos que son enviados de Dios es presentar a Cristo. Eso, por supuesto, se logra mejor por medio de la fiel predicación de la Palabra de Dios. Exponer la Palabra debe tener prioridad sobre todo lo demás en las vidas de aquellos llamados a «dar testimonio de la Luz». Todo lo que les impida hacer esta tarea —todo lo que los distraiga de su eficacia para presentar a Cristo, la Palabra viva, mediante la Palabra escrita— debe evitarse cuidadosamente.

La alta prioridad que deben darle al ministerio de la Palabra de Dios los siervos llamados de Dios a predicar está claramente expresada en Hechos 6. En este pasaje leemos acerca de una situación en la iglesia primitiva que, si no se hubiera manejado correctamente, podía haber distraído a los apóstoles:

> *En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria* (Hechos 6:1).

Muy probablemente, la «distribución diaria» se refería a la distribución de dinero y comida para las viudas en la iglesia de Jerusalén. Y esto fue lo que se hizo acerca del problema:

> *Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de*

Dios, para servir a las mesas (v. 2).

Como hombres conscientes, no podían ignorar la precaria situación de aquellas pobres viudas. Pero concluyeron: «No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas» (v. 2). ¿Se da cuenta? Servir a las mesas no era su trabajo. Ellos no estaban llamados a hacer eso. Era su responsabilidad dedicarse a la oración y a la Palabra. No es que se consideraran a sí mismos demasiado buenos ni demasiado importantes para esa clase de servicio, sino que reconocían que ese no era el ministerio al cual Dios los había llamado. Así que por favor fíjese en lo que hicieron. ¡Ojalá que aprendamos una lección de esto! Ellos dijeron:

Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra (vv. 3,4).

Se nombraron siete hombres espirituales confiables para velar por las necesidades de las viudas de manera que los ancianos encargados de enseñar pudieran (y me gustan estas palabras) «persistir en la oración y en el ministerio de la palabra». Y Dios lo bendijo maravillosamente. El versículo 7 nos dice:

Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.

Habiendo delegado debidamente la responsabilidad de suplir las necesidades físicas de la gente a un grupo de diáconos, los apóstoles, como hombres «enviados de

Dios» para «dar testimonio de la luz», se entregaban enteramente a su tarea de orar y predicar. Como resultado, «crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén».

Y hoy día, siempre que encontramos a un pastor nacido de nuevo y dedicado, que se entrega fielmente a la oración y al estudio y ministerio de la Palabra, descubrimos una congregación de creyentes espiritual, vibrante y que crece. Pero cuando una congregación hace exigencias tan fuertes a su líder y éste debe oficiar todas las reuniones de todos los comités, asistir a funciones para tener comunión con la gente, y ser activo en innumerables asuntos cívicos hasta el punto de que su vida de oración y de estudio bíblico se interrumpe, encontramos una iglesia letárgica, tibia o fría y muerta. Sí, puede que esté llena de actividades y que tenga una agenda complicada, pero eso no necesariamente produce fruto para la eternidad. Es posible que una iglesia tenga muchas reuniones, clubes, proyectos y actividades sin que en realidad esté haciendo nada en lo que respecta al trabajo que debería hacer.

Cuando observo ciertas congregaciones me acuerdo de la historia de una impresionante máquina que tenía cientos de dientes de rueda, palancas, poleas y correas que funcionaban todas suave y velozmente con sólo tocar un botón. Cuando le preguntaron al inventor acerca de la función de la máquina y lo que se suponía que hiciera contestó: «Oh, no se supone que haga nada, pero ¿no funciona maravillosamente?»

De la misma forma, cuando uno asiste a una iglesia donde se descuida la Biblia, no se predica a Cristo, y el pastor está super

cargado de responsabilidades administrativas, tal vez vea una organización grande donde hay «muchas ruedas dando vueltas», pero no se genera nada de poder espiritual. Por tanto, asegúrese de que lo primero sea lo primero. Cerciórese de que su pastor no esté cargado de responsabilidades administrativas y cívicas hasta el punto de que su vida espiritual sufra y el ministerio de la Palabra no sea central en su vida y la de la iglesia.

Todo cristiano debe querer ayudar a su pastor de tal manera que juntos puedan hacer la obra de la iglesia.

Juan el Bautista, nuestro ejemplo para estas lecciones, vino a «dar testimonio de la luz». Su pastor también debe estar ocupado predicando a Cristo. Y si ha de hacerlo eficazmente, no espere que sea el muchacho de mandados de la iglesia, que maneje el autobús de la escuela dominical, que escriba los boletines de la iglesia, haga el trabajo de mantenimiento, presida todas las reuniones ni salga a visitar todas las tardes y noches. Todas esas cosas pueden ser buenas en sí mismas. El pastor que sea auténticamente enviado de Dios estaría encantado de prestar cualquier servicio que pueda, pero tanto usted como él deben estar en guardia, no sea que esas actividades le impidan ser un hombre de oración y de la Biblia. Eso podría hacer que deje de cumplir su misión primordial. No sólo se va a deslizar espiritualmente, sino que toda la iglesia podría deslizarse con él. Recuerde: el tono espiritual de una congregación va de acuerdo con su pastor.

El pastor que sea auténticamente enviado de Dios estaría encantado de prestar cualquier servicio que pueda, pero tanto usted como él deben estar en guardia, no sea que esas actividades le impidan ser un hombre de oración y de la Biblia.

Entonces, cuando a usted le pidan que haga algo para lo cual está capacitado y el tiempo y las circunstancias lo permitan, no diga: «Que lo haga el pastor. Para eso le pagan». Más bien haga su parte y ayude al hombre «enviado de Dios» para que él pueda «dar testimonio de la Luz» más eficazmente. Todo cristiano debe querer ayudar a su pastor de tal manera que juntos puedan hacer la obra de la iglesia. Están las personas mayores que necesitan atención; los que son indiferentes espiritualmente, quienes necesitan amonestación y consejo; los pobres que necesitan compañía; los tristes, que necesitan consuelo y ánimo. Su pastor no puede hacer todas esas cosas. Él y la iglesia lo necesitan a usted. Y juntos pueden hacer grandes cosas para Dios.

Quiero repetir con más énfasis: siempre que a usted le pidan que haga algo para lo cual está calificado, debe considerarlo seriamente. Y si lo puede hacer sin perjudicar a su familia ni descuidar otras responsabilidades que puedan tener igual o mayor prioridad, hágalo. Dios lo va a bendecir si lo hace en Su nombre y para Su gloria. Ayude como pueda para que su pastor quede libre para hacer su ministerio de la manera que Dios desea.

CONCLUSIÓN

Al cerrar este estudio, deseo repasar las responsabilidades que usted tiene con su pastor.

1. Como hombre, él necesita sus oraciones.
2. Como hombre enviado de Dios, merece su respeto.
3. Como hombre enviado de Dios para dar testimonio de la luz, necesita y merece su ayuda.

Ahora bien, si usted está en una iglesia que no tiene en el púlpito a un hombre que merezca su respeto y cooperación porque no es nacido de nuevo o no cree realmente en la Biblia ni la predica, eso es harina de otro costal. Usted y su familia deben identificarse con una iglesia donde haya un hombre enviado de Dios con el mensaje de Dios.

ministerios rbc

OTROS LIBRITOS DE RBC SOBRE TEMAS RELACIONADOS:

- *¿Cómo podemos resolver nuestras diferencias?* (SS906)
- *¿Qué dice la Biblia de la mujer en el ministerio?* (SS905))
- *¿Qué se hace con una relación rota?* (SS703)
- *¿Quién reúne las condiciones para ser un líder de la iglesia?* (SS903)